VERIDIA II
-EL PRECIO DE LA SOMBRA-

Luis Eduardo Mardones Mellado

Primera edición, agosto de 2026
© Luis Eduardo Mardones Mellado, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206894
THEMA: FYB — FH — DPA — YBWN — DPF
DEPÓSITO LEGAL: M-17401-2026

Veridia II

-El precio de la sombra-

Luis Eduardo Mardones Mellado

avant
editorial

PRÓLOGO

El aire en el departamento de Manuel Torres olía a cuero caro, a *whisky* añejo y a la falsa seguridad que solo el dinero puede comprar. Afuera, Veridia dormía bajo una llovizna fina, pero aquí, en el piso veinte de la Torre Sinergia, la ciudad era solo un rumor distante. Torres, director del orfanato San Bartolomé y pieza clave en la red de la que se creía dueño, descansaba en la comodidad de su hogar.

De pronto, el tintineo se detuvo.

No fue un ruido lo que lo alertó, sino la ausencia de uno. El zumbido constante del aire acondicionado, el leve crujido de la madera noble, el murmullo de la lluvia...; todo se había silenciado. La luz del *living* parpadeó una vez, dos, y se apagó. La oscuridad fue total, densa: el tipo de oscuridad que solo existe cuando La Máquina decide que es hora de que la ciudad se quede ciega.

El frío de la sala lo despertó. Torres se levantó; su traje de tres mil dólares se arrugó ligeramente. Antes de que pudiera dar un paso, una mano enguantada lo empujó de vuelta a su sillón de cuero.

—No te molestes en buscar. La ciudad no te va a ayudar.

La voz era un susurro áspero, despojado de toda emoción. Era Salomón Juez.

Una linterna táctica se encendió, apuntando directamente a los ojos de Torres. Detrás de él, una sombra se movió. Elías. Torres sintió el frío metálico de una hoja contra su garganta, un roce superficial que dejó una línea húmeda y tibia.

—Si te mueves, te cortas —dijo Elías con una voz que oscilaba entre el tono de niña y el de un adulto aburrido.

Salomón Juez esposó las muñecas de Torres a los reposabrazos de la silla. Luego, con una calma aterradora, le quitó los zapatos. El olor a calcetín de lana fina llenó el aire. Torres vio el brillo de un objeto en la mano de Salomón Juez. No era una pistola. Era un martillo de bola.

—La justicia de Veridia te olvidó, Manuel. Te dio un orfanato para que pudieras seguir con tu negocio. —Salomón Juez acercó una fotografía a la luz de la linterna. En ella, dos niños desnudos compartían una mesa con Torres—. ¿Cuántos niños, Manuel? ¿Cuántos?

Torres tragó saliva, sintiendo el filo del cuchillo de Elías.

—Solo esos. ¡Lo juro!

Salomón Juez acercó otra foto, luego otra.

—No mientas.

Torres rompió a llorar, un sonido patético en la oscuridad.

—Está bien... son cuatro. ¡Por favor! ¡No me maten!

Salomón Juez bajó la linterna y el martillo. El silencio se hizo más pesado que la oscuridad.

—Última oportunidad, Manuel. He visto tus videos.

Torres se desplomó en la silla, su resistencia rota.

—Perdí la cuenta... ¡Por favor! ¡Piedad!

Salomón Juez levantó el martillo. El primer golpe fue seco, preciso, sobre el dedo meñique del pie derecho. Un crujido húmedo. Torres gritó, pero el sonido fue ahogado por el cuchillo de Elías, que se hundió ligeramente en su cuello.

Salomón Juez miró el pie ensangrentado.

—Ese es el precio, Manuel. Dedo por dedo.

El martillo se levantó de nuevo.

Ese era el precio. Y Veridia lo cobraría en cuotas.

PARTE I

CAPÍTULO I - EL FUNERAL

La ciudad, como siempre, testigo —o, mejor dicho, creadora de los sucesos que acontecieron— se regocijaba al ver cómo unos eran víctimas y otros cazadores. Pero esto solo ocurre en la mente de ellos, ya que Veridia es la única que sabe realmente qué función recae en cada uno. Sí, es ella quien decide los destinos; aquí no existe un Dios tampoco el libre albedrío. Veridia no se escribe, está escrita.

***

Dos días antes.

Pese a la responsabilidad de Fernando en los homicidios del ámbar, Martín y Claudio asistieron al funeral. A pesar de que la jefatura había dicho lo contrario: «Hay que cuidar la imagen institucional». Claudio, a solo un par de años de acogerse a retiro con una pensión ya asegurada, no le interesó la opinión de la jefatura. Fernando, para él, no solo había sido un subordinado, había entablado un lazo de amistad profundo. Habían compartido cenas, algunas navidades y cumpleaños. Sentía la obligación de despedirse de su amigo.

Martín, desde que tomó el control, despreciaba las órdenes. Solo dependía del provecho personal cuál acatar y cuál no. En este caso, fue una oportunidad acompañar a Claudio al funeral. Un funeral sin cuerpo. Buzos y equipos profesionales, después de cuatro días de búsqueda en el Estigia, se rindieron y emitieron su informe con resultados negativos.

El Estigia dependía de su generosidad y de la autorización de Veridia para devolver algún cuerpo.

«Sendero a la Paz», así se llama el cementerio de la ciudad. Su nombre se contradecía con todo lo que evocaba: un lugar sin luz; el clima hacía que en varias partes hubiera lodo; su cuidado no era prolijo.

El pastor predicaba la palabra a los presentes, hablando de misericordia, perdón y del reino de los cielos; frente a él, un ataúd vacío, rodeado de familiares, amigos y desconocidos.

Ese día no llovía. Mariana usaba gafas oscuras, vestía un abrigo negro, pantalones y zapatos gruesos. A su lado, el coche con la bebé de once meses, su nombre, «Alina». Junto a ella los padres y hermanos de Fernando. Más atrás, amigos y

Claudio. Más atrás, Martín y Alicia tomados de la mano. Y en un punto distante, en la lejanía, una sombra observaba con detalle, cuidando no ser visto.

Ricardo aún seguía ahí, más presente que nunca; la escenografía lo había traído de vuelta. O, quizás, Martín lo había dejado salir a tomar aire.

—Aun no entiendo cómo no lo detuve. Estoy seguro de que pudimos haber resuelto todo de manera diferente —dijo Ricardo dirigiéndose a ella.

Sí, Ricardo fue el primero en enamorarse de ella el día que la conoció. Dos mentes en un mismo cuerpo amaban la misma mujer.

—Era necesario, Ricardo —ella los reconocía, sabía a quién hablar con solo mirar—. No había otra forma, lo sabes. No estaríamos juntos de no ser así.

Ricardo bajó la vista a su costado izquierdo, mirando su mano. «*Es tú culpa*», pensó. Martín no contestó, pero, a pesar de ser un desalmado, lo dejó vivir el luto.

La ceremonia avanzaba lenta; la temperatura comenzó a bajar. El pastor puso término a la ceremonia y, con cantos religiosos, comenzaron a descender el cajón de aire en la tierra.

Ricardo comenzó a acercarse. Miró a Mariana, quien lo vio con ojos destrozados y lo abrazó. Alicia permaneció distante.

—No entiendo nada, Ricardo —dijo con una pena incontenible—. Fernando no sería capaz de hacer un daño así. No creo nada. Por favor, dime que harás algo para saber la verdad.

Ricardo no era capaz de decirle que había sido su otro yo; no tenía la valentía suficiente para asumir esa responsabilidad, ya que, objetivamente, él no era el culpable.

—No sé qué decir. Nunca fui bueno para los funerales —lo dijo con una expresión destruida, entre culpa y pena—. El responsable es Elías —añadió, evadiendo toda responsabilidad—. Él sigue afuera y seré yo quien lo haga pagar por todo. Vengaré la muerte de Fernando. Te lo prometo Mariana.

Ella permaneció en sus brazos llorando por un minuto. Alicia la observaba, comenzando a sentir celos.

—Mis condolencias, Mariana —interrumpió el momento—. Ricardo, debemos irnos.

—Debemos buscar un nuevo hogar para ti. No puedes seguir en ese lugar ahora que Elías sabe dónde vives, Mariana —dijo Ricardo.

—Estaré con mis padres unos días. Y luego, veré qué hago con todo.

—Está bien, vive el luto como corresponde. Yo estaré ahí para lo que necesites.

La abrazó por última vez y caminó hacia la salida con Alicia. Luego fue el turno de Claudio, quien aún en su mente tenía la imagen viva de Fernando saltando.

—Acompañándote en tu sentir.

Alicia dijo las mismas palabras a Claudio, pero de otra manera.

—Estamos todos muy afectados por lo ocurrido —le dijo Claudio con total sutileza.

—Dime la verdad —dijo Marina con tono desafiante—. ¿Crees que Fernando mató esa gente y se mató así nada más?

—No se trata de lo que yo crea, Mariana. Sabes que nosotros actuamos conforme a hechos, indicios y evidencias.

Mariana dejó las lágrimas para otro día, se quitó las gafas y lo miró.

—No vengas aquí con clases de criminalística. Soy la esposa de ese hombre, lo conozco mejor que nadie. Y él, si se hubiera quitado la vida, lo habría hecho para salvar a su familia. No existe otra lógica. A la mierda tus evidencias. Háblame de tu perspectiva.

Claudio quedó en silencio. Los dichos de Mariana hacían eco en su mente. Algo de verdad encontró en ellos. Guardó esos pensamientos.

—A mí también me duele, Mariana. Fernando era mi amigo. No te puedo dar una respuesta clara hoy. Pero te juro que encontraré la verdad. Y cuando la tenga, te prometo que contestaré lo que dices. Ahora no puedo.

Mariana se quedó pensando. Sentía que Claudio le daba la razón. Había muchas preguntas que resolver. Miró a su hija, quién, ajena a toda realidad a pesar de las voces, ruidos y el frío de Veridia, sonreía angélicamente.

—El próximo mes cumple año —dijo.

—Está muy bella. Cómo ha crecido.

—Sacó los ojos de Fernando... Siento que lo veo cada vez que la miro.

—Tienes razón —afirmo Claudio—. Su misma mirada.

El tiempo pasó, y aquel funeral a un cajón de aire había terminado.

CAPÍTULO II - EL COMIENZO

En el presente.

En el Puerto Dorado, donde se instalan las empresas navieras más grandes, punto de importación y exportación. Donde los intocables de la élite maquillan su mercancía para comercializarla por todo el mundo. Un lugar sin reglas, en donde el dinero sucio lava todo lo que toca, haciéndolo tangible, logrando que todo esto sea algo normal y rutinario.

Aquí los policías, fiscales y jueces no tienen jurisdicción, porque cada uno de ellos tiene algo que perder. Las sombras de la élite alcanzan todos los rincones; nadie puede escapar. Menos esconderse.

***

Martín, en la ventana, miraba cómo la tormenta no cesaba. La lluvia torrencial difuminaba las luces del puerto. Alicia estaba en la ducha, limpiándose el pecado, asimilando ahora con calma lo recién vivido.

Claudio llegó con el corazón en la mano; tres detectives lo acompañaban. Lo primero que vio: el cuerpo. Patricio yacía sin vida en el suelo de la sala principal; sangre y pedazos de su mente decoraban la alfombra de pieles, la nueva, la que recién semanas antes Alicia había comprado para borrar los testigos de la noche en que Martín marcó su cuerpo y lo transformó en su obra de arte.

No fue el cadáver lo que llamó su atención, sino la falta de presencia de Ricardo; es decir, Martín seguía mirando la ciudad, como buscando más allá. Ni siquiera se había dado vuelta a recibir a Claudio.

—¿Estás bien, Ricardo? —dijo llamando su atención—.¿Qué mierda pasó?

Claudio observaba la silla, el papel plástico tirado, característico de los homicidios anteriores.

—Si no fuera por Alicia. —contestó Martín.

—¿Alicia? No la veo por ningún lado.

—Está en el baño, dale un tiempo, ya viene —lo dijo girándose en ese momento.

Claudio vio sus ojos; en ellos solo había odio. Una mirada que daba miedo. Había decisión.

Los detectives observaban; más que el muerto, les llamaba la atención la connotación sexual de la sala: estatuas, cuadros, las pieles, etc.

—No toquen nada, tenemos que fijar todo —Claudio apuntó a uno de los subordinados—. Pide fotos, planos, un balístico y llama al SML —dijo dictando órdenes, refiriéndose al tipo de peritos que necesitaba.

Martín le relataba a Claudio lo sucedido, quien escuchaba sin creer del todo cada una de sus palabras, ya que las escupía con rabia; no había miedo ni nervios. Pensaba que él, en su lugar, después de algo así, se encontraría en estado de *shock*.

—¿El arma del mesón? —preguntó Claudio.

—Es la mía; Alicia la tomó cuando entró.

—No le dijiste que necesitábamos tomar muestras de residuos nitrados —dijo Claudio, cuestionando la decisión de que la dejara tomar una ducha.

—No seas payaso. Están sus vestimentas ahí en la pieza, que las tomen de ese lugar. ¿Tú crees que después de lo ocurrido le iba a estar pidiendo que esperara? —encendió un cigarro.

—No fumes aún.

—A la mierda el protocolo, Claudio. ¿Qué te pasa? Agradece que estoy vivo —dijo molesto—. Entiéndelo, le disparó a su propio hermano...

—Tienes razón, disculpa.

—¿Entiendes ahora? Ella nunca estuvo coludida con él ni nada. Ella es una víctima más. Sé que en tu cabeza dices: «¿Cómo puede estar Ricardo con una mujer así?». Pero ¿quién es uno para cuestionar lo que siente? Le debo mi vida —dijo Martín en un tono más sereno. Exhaló y continuó.

—Puto mayordomo. Tenía razón esa vez en la oficina.... —recordando, se le aceleró el pulso y comenzó a hablar más fuerte y directo—.¿Recuerdas o no?

—Algo —respondió Claudio haciéndose el desentendido.

—¿Algo? Por favor, Claudio —su tono ahora fue irónico—. Te dije, te dije que me dieras quince segundos con él. Quince segundos y hoy tendríamos a Elías tras las rejas y Fernando seguiría con vida.

Las palabras se clavaron como espinas en la espalda de Claudio, su piel se erizó y quiso hablar, pero no pudo.

—¿Acaso no piensas que quizás fue Elías quien obligó a Fernando a cometer esos crímenes? ¿Acaso no crees que fue él quien lo obligó a pegarse un tiro?

Ricardo, por dentro, le decía: «¡Eres un mentiroso de mierda! *Tú planeaste todo*».

La mente de Martín le contestó: «*Soy un puto genio. Manipular eso es algo que tú nunca aprendiste a hacer. Ahora, silencio*».

—Por favor, Claudio. Fernando habría sido incapaz de hacer eso por su cuenta, sin un verdadero motivo. Recuerda que el payaso de Elías estuvo con Mariana —hizo una pausa—.¡Con Mariana, Claudio! Junto a su hija.

Claudio, mudo, no decía palabras, procesaba y analizaba cada una de las palabras que Ricardo le decía.

—Debemos agradecer que no les hizo nada.... Tú viste el cuerpo de mi mujer.

Claudio lo miró sorprendido por la referencia que le hacía.

—El hijo de perra la marcó entera. Es un puto mapa, su cuerpo.

Claudio recordó el día que la conoció; las imágenes del cuerpo lleno de cicatrices le vinieron a la mente.

—Tú solo has visto las que la ropa deja ver. Yo la veo desnuda cada día, Claudio. Y cada día veo lo que hizo su hermano.

Claudio encendió otro cigarro.

Alicia escuchaba con atención desde la pieza lo que Martín decía. Se estaba vistiendo, pero el placer fue mayor. Se quitó las bragas. Estaba húmeda. Con una mano se apretó el seno sin pezón. Con la otra comenzó a estimular su punto G.

—¿Tú crees que es muy placentero verla así? —Martín estaba extasiado con lo que decía—. Cada vez que la toco, siempre paso a llevar algún lugar en donde su hermano dejó su huella.

Los peritos llegaron. Miraron a Claudio, quien solo hizo un gesto para que empezaran. Los *flashes* iluminaban las palabras de Martín; el balístico metía más pólvora a sus palabras y el planimetrista las medía.

—Ella es mi musa, Claudio. Se supone que yo tengo que protegerla, y mira. Fue al revés. ¿Quieres saber más?

Claudio asintió sin decir nada.

—Ese hijo de puta, en uno de sus glúteos, le obligó a tatuarse el ámbar con el escorpión marino —le hizo una pregunta—. ¿Sabes lo que eso significa?

Claudio negó con la cabeza.

—Tiene su firma marcada, como si fuera una sentencia de muerte... —hizo una pausa larga, luego gritó—: ¡Esto tiene que acabar!

Fue en ese momento en que Alicia emitió un gemido fuerte que no pasó desapercibido. Había llegado al orgasmo. Martín se dio cuenta; sonreía para sí mismo.

—¿Estas bien, mi amor? —preguntó en voz alta.

—Si tesoro —respondió sensualmente—. Me asustaste con tu grito solamente.

Ambos eran cómplices del deseo; ambos tenían esa conexión inagotable. Ese tipo de conexión que solo Veridia puede dar a sus seres elegidos como especiales.

Claudio procesaba toda la información. Todo era válido.

—Tienes toda la razón, Ricardo. Elías es el responsable de todo...

Le golpeó el hombro en tono afectivo.

—Debí darte los quince segundos que pediste. Ahora el perro de mierda ese está ahí tendido con la cabeza abierta, sin poder responder nada. Esas preguntas que quizás tú pudiste haber obtenido.

«*Qué sencillo Claudio; qué sencillo*», pensó Martín.

Claudio se agachó; tomándose la cabeza, comenzó a sudar y su respiración empezó cada vez a ser más rápida. Paso un tiempo, Martín lo dejó; esperó uno, dos, quizás cinco minutos. Luego, Claudio se alzó y comenzó a hablar con odio y repulsión.

—Ricardo, todo es mi maldita culpa. Cómo pude ser tan ciego. Es mi culpa que Fernando esté muerto... —otro cigarro; el suelo ya tenía cinco colillas, cuatro eran de él.

—Tranquilo, no es tu culpa.

—¡Que sí la es! ¡Escucha!

Claudio se levantó y se dio una palmada en la cabeza con fuerza. Los peritos prefirieron trabajar sin hablar; los detectives decidieron salir.

—El día que atropellaron a Abigail. Cuando estaba en Lúmina esperando saber su estado. Me llamó, me dijo que era urgente. ¡Urgente, Ricardo! Yo le dije que no tenía tiempo para él. Mira, ahora está muerto.

En el marco de la habitación estaba apoyada Alicia, observando atenta cada una de sus palabras.

—Insistió en que lo escuchara. Algo mencionó, no sé qué ni lo recuerdo. No lo escuché, simplemente le corté. ¿Y para qué?... Para que esa misma noche lo viera pegarse un tiro.

—No te culpes, por favor —abrazó a Claudio quién había empezado a llorar—. Estabas con tu hija.

—Sí, pero está muerto —se secó las lágrimas—. Alicia, ¿puedes venir, por favor?

Ella se acercó, sensual como siempre. No había encontrado nada más propicio que usar un vestido que exhibía toda su figura y detalles que la hacían única. Los peritos y detectives quedaron fríos. Ella recorrió la mirada de cada uno, haciendo que todos la desviaran.

—Necesito que traiga las vestimentas que usó; son para peritaje —dijo Claudio con la vista en el suelo.

—Por supuesto, señor. Puede llevar lo que necesite —lo hizo apuntando a la sala completa mientras giraba, revelando las marcas de su espalda.

—Gracias... ¿Tiene alguna idea del paradero de su hermano?

—Si supiera, lo habría entregado de inmediato. Ya les dije en su momento. Ni siquiera le puedo dar un número de las propiedades que tenemos; es más, muchas ni siquiera sé dónde están.

—Ricardo, ¿necesitas algo?

—Me encantaría cenar con mi mujer y estar solos, como habíamos planeado.

—¿Te vas a quedar acá después de lo que pasó?

—No te preocupes. Elías no vendrá hoy. Tiene otras urgencias —miró el cuerpo del mayordomo—. Es solo sangre. Eso se limpia, y la alfombra la tiraremos a la basura.

Claudio quedó sorprendido por el tono de sus palabras, frías, sin emoción, como si fuera algo banal lo que había sucedido.

—Estás bien loco Ricardo —lo dijo en tono de humorada—. Pero bueno. Te dejo.

Martín le sonrió y lo abrazó.

—Nos vemos mañana.

Los peritos terminaron su trabajo y los funcionarios del servicio médico legal retiraron el cadáver. Alicia se despidió de cada uno dándoles la mano. Lo hizo con el fin de cruzar miradas y, así, detectar si había peligro... No lo había.

—Vamos por Elías.

—Tranquilo, mi amor. Quedamos en cenar —respondió con un beso.

—¿Cómo sabes dónde está?

—Fue sencillo; le puse un GPS a Patricio. Me habías pedido que lo observara, ¿no?

—Esa es mi chica; cuéntame más.

—Bueno, así me di cuenta. Patricio solo visitaba dos puntos, el supermercado y una propiedad que tenemos en Colinas de la Esperanza.

—Tenemos que cruzar toda la ciudad. Ese lado es un basural —dijo haciendo referencia al distrito.

—Así es, pero ya viste la clínica del Bajo Fondo. La casa donde está mi hermano igual está en un sitio eriazo; por dentro es un lujo. Llena de comodidades.

—No hay vecinos, entonces, ni cámaras.

—Cámaras sí, vecinos, no.

Alicia conversaba todo esto mientras cocinaba. Martín oía bebiendo *whisky*.

—Mierda, mi pistola —dijo fuerte—. Se la llevaron para peritaje; mañana me pasarán otra.

—¿Qué te parece lo siguiente? —se giró con un cuchillo en la mano—. Comemos, hacemos el amor, llevamos mi pistola y salimos a cazar en la madrugada.

—¿Tienes un arma aquí?

—¿Cómo sería una *femme fatale* si no tuviera una? —respondió sensual.

Continuaron con su cena romántica, llena de risas y mimos. Terminada la cena, fueron a la habitación por el postre.

CAPÍTULO III - LA CACERÍA

02:00

La lluvia había bajado la intensidad, mientras iba por la avenida Los Álamos, el Puente de las Mil Luces se veía a la distancia, imponente, aún con vida propia. Los cafés y bares que se situaban en sus orillas era una atracción constante para sus habitantes. Era el refugio de quienes buscaban escapar de sus asuntos y de otros que iban a negociar sus pendientes. Lugar en donde muchas veces compartieron Ricardo, Fernando, Claudio, Isabella, Mariana y Alicia. Hoy solo algunos de ellos disfrutaban de ese lugar.

Cuando llegaron a Colinas de la Esperanza, pasaron lento por la ubicación observando que efectivamente se trataba de un sitio eriazo, cercado con alambres y custodiado por perros. No se veían cámaras en la cerca. El vehículo se detuvo dos cuadras más adelante.

—Mierda. Perros.

—Tranquilo, tesoro. Tu mujer piensa en todo.

Alicia sacó del asiento de atrás una bolsa que contenía salchichas. Y se la exhibió.

—¿Y eso?

—Les coloqué somníferos —lo dijo riendo—.¿Dónde vas a encontrar una como yo?

Martín no pudo disimular la risa. Dieron la vuelta, pasaron nuevamente por el lugar, más lento. Arrojando las cosas hacia el otro lado de la alambrada. Se detuvieron ocultos entre las sombras y esperaron.

—¿Cuánto tarda eso?

—No mucho.

Se quedaron conversando un rato en silencio, fumando a la distancia como dos turistas que contemplan las maravillas del paisaje.

—Deberíamos tomarnos unas vacaciones —dijo Martín.

—Me parece genial. Podríamos buscar a alguien de otra ciudad u otro país para sembrar nuestro arte.

—Suena increíble. ¿Tienes algún lugar en mente?

—Mmm...Siempre me han parecido atractivas esas casas gigantes en el otro continente, esas como castillos medievales. Lejos del ruido, solitarias, con familias...

Sí, con familias. ¿Te imaginas la cantidad de posibilidades?... —hizo una pausa pensando en lo que había dicho; luego continuó:

—Una familia completa —señaló Martín—. Sería fantástico. Cuchillos, gas, fuego, cuerdas, etcétera. Me pongo a imaginar.

—¿Qué imaginas? —preguntó curiosa, como intentando leerle la mente.

—Los dos, de médicos, operando otra vez. Primero a un niño, con los padres mirando.

—¡Eso suena increíble!

Mientras seguían imaginando un futuro juntos, viajando y creando obras de arte, Alicia interrumpió la conversación.

—¿Elías? ¿Qué haremos con él? Tiene que ser especial... No le vas a pegar un tiro en la cabeza al entrar. No se te ocurra.

—Para nada. Con él hagamos arte juntos. ¿Qué te parece un cuchillo cada uno? Tú su lado derecho y yo el izquierdo.

—Fantástico. Sería un arte asimétrico.

Martín miró el reloj; no se había dado cuenta de cómo había pasado el tiempo planificando un mundo con Alicia. Comenzó a conducir nuevamente, arrojó una piedra y los dos perros no se levantaron. Pararon el vehículo una cuadra más adelante. La lluvia se había detenido. La calle estaba en silencio absoluto. Comenzaron a caminar tomados de la mano.

Cuando llegaron a la alambrada, observaron que efectivamente estaban bien dormidos. Los movieron con un palo largo. Nada.

—Perfecto —dijo Martín.

Comenzó a cortar los alambres con un alicate que llevaba. El *clic* de cada corte era lo único que interrumpía el silencio. A veinte metros, en absoluta oscuridad, se observaba la casa; su fachada era tétrica, como dijo Alicia. Solo una ventana emitía una luz tenue. A esa distancia era imposible que alguien los viera en la oscuridad.

Una vez que terminaron de cortar, ingresaron. Caminaron con sigilo. Cinco metros, diez metros. Hasta que, de pronto, el estruendo del techo gritó en la oscuridad. Martín y Alicia se detuvieron en seco mirando hacia atrás, logrando divisar que la sombra de una persona corría por la calle.

Cuando se giraron, observaron que se habían encendido las luces de la casa. Martín comenzó a correr, dejando a Alicia atrás. Golpeó la puerta con fuerza; se abrió en el acto, desprendiéndose la bisagra.

Martín, con pistola en mano, comenzó a recorrer cada una de las habitaciones con cautela. Cuando, de pronto, el sonido del motor le llamó la atención. Vio que la puerta del patio estaba abierta.

Martín comenzó a correr, observando que un auto se alejaba a la distancia. Pensó en disparar, pero se contuvo. El sonido habría llamado la atención de los curiosos, y eso no era bueno ni para él ni para Alicia.

Ella llegó a los pocos minutos.

—Escapó el maldito —dijo Martín tirando una silla que se le cruzó en sus pasos.

Comenzó a recorrer el lugar. Alicia nuevamente tenía razón. Su interior era un lujo, todo de primer nivel; la sala con sillones de cuero, televisor grande de alta definición. Dos habitaciones.

Martín tocó la cama desordenada de una habitación; estaba fría. Luego hizo lo mismo en la segunda pieza; esta aún estaba temperada. Reviso el armario: en un lado trajes y ropa de diseñador; en el otro, vestidos de mujer de diferentes colores y variedades.

Alicia se acercó a una licorera y sacó una botella de *whisky*, sirviendo dos vasos.

Sacó su celular, observando que el GPS marcaba un punto que se iba desplazando rápidamente.

—¿Y ahora qué? ¿Dónde se fue?

—Se va moviendo, pero mi hermano no es un imbécil; dejará el vehículo tirado y buscará un nuevo escondite.

—¿Se te ocurre algún lugar?

—La verdad, ninguno... —hizo una pausa, bebiendo un sorbo—. Alguien quizá pensó que veníamos a robar. Deberíamos irnos antes de que lleguen tus amigos.

—Tienes razón. Vámonos. Dame un minuto; pasaré al baño.

Cuando Martín ingresó, notó que el lavamanos tenía sangre; el suelo igual, restos de apósitos manchados por todos lados. Unas pinzas tiradas. Luego de orinar, se lavó la cara mirándose al espejo. No había restos del proyectil. Pensó que seguramente lo había tirado por el excusado.

Así fue como todos aquellos temas que hablaban de viaje, arte e ilusiones quedaron en el olvido.

—¿A dónde nos vamos?

—Tengo un lugar que mi hermano no conoce en Altos de la Concordia.

—Necesitamos otro vehículo.

—Tranquilo, mi amor. Mañana compro uno.

—Uno discreto, por favor.

Alicia le había dado la tranquilidad que necesitaba. Ella siempre tenía la solución; él ejecutaba.

Se fueron mirando las calles, en las que ya a esa hora no respiraba un alma. Llegaron a su nuevo hogar. Todo perfecto, como a Alicia le gustaba: Erotismo, lujos y olor a perfume caro.

Esa noche no hicieron el amor. La previa no había sido placentera.

Alicia se durmió en sus brazos, sin soltar la mano izquierda de Martín.

CAPÍTULO IV - UN MES DESPUES

LA VOZ DE VERIDIA

«CAOS EN VERIDIA: El ASESINO DEL ÁMBAR CON ESCORPIÓN MARINO COBRA SU CUARTA VÍCTIMA».

«Intocables de la élite fueron silenciados en menos de un mes. En total, diez son las personas que han perdido sus vidas. El Ministerio Público, la Fiscalía y las brigadas especializadas enfocan todos sus recursos para dar con el responsable».

Los primeros informes señalaban como autor a un funcionario de la Brigada de Homicidios, Fernando Aguilar, quien, al ser descubierto, decidió quitarse la vida públicamente con su arma de servicio, perdiéndose en las aguas del río Estigia.

El cuerpo no fue encontrado pese al exhaustivo trabajo del equipo de buzos de bomberos de la ciudad.

Los hechos comenzaron a repetirse. Las hipótesis indican solo dos alternativas: o Fernando, en sus actos, no trabajaba solo, o simplemente, existe una o más personas emulando sus delitos.

La mayoría de sus víctimas son de los distritos Puerto Dorado y Altos de la Concordia. Las autoridades afirman que no cesarán las investigaciones hasta hallar al o los responsables de estos hechos.

***

La pareja tenía un nuevo refugio donde los magnates de la élite están protegidos en sus mansiones, donde la clase media solo puede llegar en sus sueños, por no hablar de la clase baja.

Veridia eligió el lugar donde nacen cada uno de sus hijos. La ciudad es quien dicta, sin que nadie pueda contradecir sus decisiones o creaciones.

El día anterior Martín conversaba con Claudio en su oficina. No hablaban de Elías: conversaban del día que venía. No habían sabido nada de Mariana desde el funeral, pero ella les había hecho la invitación a asistir al primer cumpleaños de su hija, Alina.

—¿Que vas a hacer?

—Iré. No puedo mantenerme ajeno, sería descortés de mi parte —dijo Claudio—. La invitación la hizo extensiva. Me acompañara Abigail; su recuperación ha sido buena y creo que le hará bien sociabilizar. ¿Qué hay de ti?

—También voy. Me dijo que podía llevar a Alicia —dijo mirando por la ventana—. Igual ella necesita sociabilizar. Me he dado cuenta, desde que estoy con ella, de que no tiene amigos ni a nadie.

—Disculpa la intromisión, Ricardo —dijo como pidiendo permiso para preguntar—. ¿Y ese tal Martín del que ella habló? ¿El que le hizo la marca en la pierna?

—No te preocupes —dijo sonriendo; hablaba de él y de su arte que lo hacían sentir orgulloso—. Cuando pasó lo de Elías, esa noche, le dije qué si tenía un amante y me tenía a mí, tenía que decidirse. Así que lo dejó. Eso espero —esto último riendo.

—¿Pero no supiste quién era? Recuerda que su marca, en cuanto a forma, era similar a la que tenía el Cuervo en su espalda....

Martín le leyó el pensamiento, interrumpiendo y adelantándose a cualquier situación.

—¿Y si no fue Elías, si no Martín la persona que manipuló a Fernando? ¿Qué te dijo sobre lo que averiguó en el hogar San Bartolomé?

—Nada. Dijo que no averiguo nada; quizás no lo mencionó, no recuerdo ya —se acercó a un estante y sacó un archivador.

—¿Y eso?

—Es una carpeta de él que encontré en uno de sus cajones. Es la investigación que llevaba del caso de Elías; tiene apuntes, notas e informes —lo dijo dando vueltas a las páginas.

«*Te van a encontrar*», dijo Ricardo.

«*Nunca. Silencio*», respondió.

—¿Ya la leíste? —extendió la mano, recibiendo la carpeta.

—Solo un poco, la verdad. Avancé hasta el homicidio de Judas. Me tiene cansado toda esta mierda.

—Si quieres la puedo revisar con calma desde donde quedaste. Quisiera saber y entender un poco más la mente de Fernando.

—Sí, por supuesto. Sería de buena ayuda un par de ojos que puedan, quizás, encontrar algo que pasé por alto —abrió su cajón y sacó una cajetilla de cigarros—.¿Uno?

—Gracias.

—Entonces, para resumir: ¿Alicia no tiene como ubicar a ese tal Martín?

—Mira, te digo algo. Yo soy el más interesado en querer saber quién carajos es ese tipo —exhaló el humo—. Las veces que le pregunto me sale con evasivas. Que no sabe dónde vive. Que era él quien la visitaba. Ya sabes, esa mierda que inventan las mujeres.

—Ricardo, tú sabes cómo persuadir. Así matamos dos pájaros de un tiro. Sabrás quien estuvo con ella y sabremos si es quien buscamos.